



“Alfredo Chavero”

p. 203-224

Víctor Rico González

Hacia un concepto de la conquista de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1953

299 p.

(Primera Serie 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/028/hacia_concepto.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Alfredo Chavero



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Los últimos años del siglo pasado presenciaron en México la ascensión al poder de la burguesía liberal. Dicha ascensión, que se inicia ya en la Independencia, pasó por las vicisitudes de todos conocidas; mas no por eso es menos clara, ni deja de representar una solución a tan prolongada serie de conflictos. Prueba de ello es la estabilidad del porfirismo. Con todo, tampoco se trataba de una solución definitiva a las aspiraciones de la burguesía liberal, debido principalmente a los muchos elementos semicoloniales que contenía, elementos que explican y justifican la revolución de 1910.

Los hombres de aquella primera madurez burguesa quisieron, como es lógico, elaborar su propio evangelio y darlo a conocer. El resultado fue una serie de obras, entre las cuales se distingue singularmente *México a través de los siglos*. Su carácter de evangelio de clase lo revela el hecho de ser obra colectiva, animada —hasta en su composición tipográfica— de un espíritu, común a todos sus autores.

El primer volumen de la obra —historia antigua y conquista— está compuesto por Alfredo Chavero, y constituye —en su segunda parte— el tema de este capítulo. Inútil sería ponderar la influencia de esta obra histórica de Chavero sobre la conciencia nacional. Es el producto más maduro —sin ser el más perfecto— de la concepción liberal de la conquista, y tiene, además, las condiciones requeridas para llegar al grueso del público.

*

Nace Alfredo Chavero en la Ciudad de México el 1º de febrero de 1841. Estudió, con brillantes resultados, en el Colegio de San Juan de Letrán, y en 1861 se recibió de abogado.

Desde muy joven tuvo aficiones literarias, y ya en 1860 se estrenó su primera obra teatral, a la que siguieron otras varias compuestas en el curso de su larga vida. Aunque no fué un gran dramaturgo, su estilo ya grandilocuente, ya melifluo, cuadraba bien con el gusto de la época, lo cual le valió fama y renombre. Hay que destacar, sin embargo, un rasgo meritorio en su teatro: el de inspirarse en temas mexicanos, lo cual revela el deseo —que mostró siempre Chavero— de fomentar lo propio y abandonar la copia de lo ajeno.

Miembro del partido liberal, ya a los 21 años lo representa en la Cámara, y un año más tarde parte con Juárez para la gran peregrinación nacional

que provocó la intervención francesa. Durante esos años desempeña diversas comisiones por orden de Juárez, y finalmente cae prisionero de los franceses en Mazatlán. El triunfo liberal lo llevó a desempeñar diversos puestos en la administración pública: fué varias veces diputado, magistrado de la Suprema Corte, regidor en diversas ocasiones, presidente del Ayuntamiento de México, gobernador del Distrito Federal, etc. Sólo durante la administración de Lerdo se vió excluído y desterrado, por militar en las filas de la oposición.

Periodista, ya en 1867 toma a su cargo la redacción de *El Siglo XIX*. Además, colabora asiduamente en otros periódicos. Se distinguió, asimismo, como orador, y le cupo el privilegio de pronunciar la oración fúnebre ante el cadáver de Don Benito Juárez.

Su amistad con Orozco y Berra y García Icazbalceta, los dos más grandes eruditos de la época, vinieron a fortalecer en él su ya antigua vocación por los estudios históricos, la cual favoreció también mucho la adquisición de la biblioteca de José Fernando Ramírez, que sus descendientes pusieron en venta.

Chavero murió en 1906, cuando, en la cumbre de su vida, era un gran señor porfirista, liberal y “científico”.

*

La primera afición que se despierta en Chavero es —según va dicho— la literaria. Autor dramático desde su juventud no abandonará nunca las bellas letras, que cultiva también como orador y periodista. Con todo, esta comprobación biográfica no diría gran cosa por sí sola: lo verdaderamente importante para el objeto que aquí se persigue es localizar la influencia de lo literario en el historiador, así como apreciar sus alcances.

Desde luego, basta una lectura superficial de la obra histórica de Chavero para apreciar el importante papel que en ella tiene la preocupación literaria:

“Levantóse Cortés, y con noble respeto del vencedor al héroe desgraciado, abrazó con ternura a Cuauhtémoc. Llenáronse a este de lágrimas los ojos, y poniendo la mano en el mango del puñal del conquistador, le dijo las siguientes palabras, con las cuales sucumbía un rey con su raza, con su patria y con sus dioses: —‘Malintzin, pues he hecho cuanto cumplía en defensa de mi ciudad y de mi pueblo, y vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego este puñal y márame con él’.

“Moría ya la tarde, prometiendo tormenta, y entre nubes rojas

como sangre se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto sol de los mexica”. (*México a través de los siglos*, T. I, p. 911).

El párrafo no es más que la versión literaria, fuertemente condensada, de lo que dice Bernal Díaz en el capítulo CLVI de su *Historia verdadera*:

“Y desde que Cortés lo supo, luego despachó al capitán Luis Marín y a Francisco Verdugo que llamasen a Sandoval y a Holguín, así como venían en sus bergantines, sin más debatir y trajesen a Guatemuz y su mujer y familia con mucho acato, porque él determinaría cuyo era el prisionero y a quien se había de dar la honra de ello; y entretanto que lo llamaron mandó aparejar un estrado lo mejor que en aquella sazón se pudo haber con petates y mantas y asentaderos, y mucha comida de lo que Cortés tenía para sí; y luego vino Sandoval y Holguín con Guatemuz, y le llevaron entrambos a dos capitanes ante Cortés; y de que se vió delante de él le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho amor a él y a sus capitanes; y entonces Guatemuz dijo a Cortés: ‘Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinda y mátame luego con él’. Y esto cuando se lo decía, lloraba muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía. Y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, muy amorosamente, y le dijo que por haber sido tan valiente, y volver por su ciudad le tenía en mucho más su persona, y que no era digno de culpa ninguna, y que antes se le ha de tener a bien que a mal, y que lo que él quisiera era que, cuando iban de vencida, antes que más destruyéramos aquella ciudad ni hubiera tantas muertes de sus mexicanos, que viniera de paz y de su voluntad, y pues ya es pasado lo uno y lo otro, que no hay remedio ni enmienda en ello, y que descanse su corazón y de todos sus capitanes, y que él mandará a México y a sus provincias como de antes. Y Guatemuz y sus capitanes dijeron que lo tenían en merced.

“Prendióse a Guatemuz y sus capitanes en trece de agosto, a hora de vísperas, en día de señor San Hipólito año de mil quinientos veintiuno años. Gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen Santa María, su bendita madre. Amén.

“Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta media noche mucho más agua que otras veces”.

Donde Bernal Díaz, preocupado siempre por la exactitud y minuciosidad de su relato, se extiende mencionando con naturalidad los acontecimientos

tos, Chavero convierte esos mismos hechos en símbolos de fuerza dramática, y los condensa en pocas palabras para aumentar el efecto. La intención de Chavero se ve clara: su deseo no es el mero relato de los hechos, ni tampoco el análisis racional de éstos; más bien intenta producir en el lector una emoción, terminar su obra —el párrafo citado es el final— dando, por una intuición directa, artística, todo el dramático significado de la caída del imperio azteca.

Todo esto no quiere decir que en la obra histórica de Chavero no haya otras cualidades que las literarias. Lo que se trata de hacer notar es que éstas tienen una importancia muy grande y le dan un tinte muy especial. Contribuye también a ello la ausencia total de notas y citas, a la cual él mismo se refiere en el prólogo:

“He abandonado la costumbre de hacer citas en notas, porque ni he querido alardear de erudito, ni fatigar la atención de los lectores. Pero repito que cuanto en este libro hay, pertenece a los cronistas e historiadores que me han precedido, y si algo he puesto de mi caudal, he cuidado de expresarlo claramente; pues ni gusto de apropiarme el trabajo ajeno, ni quiero hacer responsables a los demás de mis propias opiniones”. (p. 912).

Desde luego no vale el pretexto de disimular la erudición. Y lo invalida el propio Chavero cuando, al principio de la obra, hace un análisis minucioso de *todas* sus fuentes, sin excepción, so color de que el valor de una historia depende de las fuentes de que se deriva. Por lo tanto hay que atribuir la ausencia de citas y notas a otro motivo distinto del que da el propio autor: A Chavero no le interesaba hacer una obra de carácter científico destinada a científicos; él consideraba que eso ya estaba hecho por Orozco y Berra, su amigo y mentor. Por lo tanto, se propuso hacer un libro que, sin invitar demasiado a la reflexión y a la comprobación, sin provocar discusiones, diese una imagen de la historia antigua y de la conquista, no sólo clara, sino también teñida por el espíritu liberal que le animaba. En otras palabras, la obra que nos ocupa no es tanto la investigación original de un historiador que somete sus hallazgos a discusión, como la formulación “oficial” —o canónica, si se quiere— de una concepción de la historia de México que, por muchos motivos, se había impuesto en su tiempo. Por eso a Chavero no le preocupa demasiado la originalidad de sus afirmaciones: De hecho utiliza los resultados de ajenas investigaciones y los presenta pulidos literariamente e iluminados por la luz que a él le agrada. Ello se ve en la comparación con Orozco y Berra, de quien depende en forma mucho más absoluta de la que

él confiesa. Y tan es así que, en ocasiones, Chavero no hace más que parafrasear páginas enteras de su mentor:

“Las instrucciones dadas a Grijalva se reducían a rescatar oro y plata sin poblar en parte alguna. Las tres carabelas con la nao se hicieron a la mar con más de doscientos hombres entre soldados y marineros, habiendo dejado el puerto de Carenas el 23 de abril, y el cabo de San Antón el sábado 1º de mayo. El lunes 3, descubrieron la isla de Cozumel, y por ser día de la Santa Cruz púsole Grijalva este nombre. Martes 4, desembarcó Grijalva, sirviéndole de intérprete el maya Julián, y tomó posesión de la isla en nombre de la reina doña Juana y de su hijo don Carlos, y en el de Diego Velázquez. El jueves 6 saltó a tierra Grijalva colocando en lo alto del Kúmaya el estandarte real, y dijo el presbítero Juan Díaz la primera misa que se celebró en nuestro territorio. Del 7 al 9 expedicionaron a la península y el 11 se alejaron definitivamente de Cozumel. Costeando la península llegaron a Campeche el martes 25, y el 26 desembarcaron doscientos hombres y tres piezas de artillería. El jueves 17 los atacaron los indios que fueron rechazados; pero salieron varios españoles heridos y uno muerto, y Grijalva con dos flechazos y dos dientes de menos. El viernes 28 partieron; vieron a lo lejos Potonchán, y el lunes 31 arribaron a una laguna donde hallaron agua, que mucho necesitaban, por lo cual pusieron al lugar Puerto Deseado. Estuvieron ahí hasta el 5 de junio, y el 7 dieron con un gran río donde quisieron y no pudieron por la barra entrar todos los navíos, sino solo las dos menores carabelas. A ambas orillas vieron muchas gentes armadas, y entendiéndose por medio de Julián, les rescataron varios objetos de oro a cambio de fruslerías. Aquel fue el río de Tabasco, llamado de Grijalva por su descubridor. Según el señor Orozco, el nombre de Tabasco era corrupción de *Tabzcoob*”. (p. 826).

Chavero acostumbra a poner en la cuenta de Orozco y Berra las afirmaciones que no le parecen muy seguras o que son comprometedoras; pero, en realidad, todo el párrafo es una cita. Ciertamente que el estilo es más ágil, tiene menos lastre, aunque no por eso deja de ser orozquiano, incluso en detalles tales como la continua mención de las fechas, o en el uso de verbos poco frecuentes, como por ejemplo “expedicionar”, que, entre paréntesis, no existe en español, pues *expedición* deriva de *expedir*.

De hecho, Chavero escribe, por decirlo así, a la sombra de Orozco y Berra, y si bien lo supera literariamente, no cabe duda de que lo sigue en todo lo demás. Ello es más evidente por el hecho de que la exposición orozquiana revela el trabajo de la creación, es a veces dificultosa, como de cosas que están

en proceso de elaboración mental; mientras que, por el contrario, Chavero escribe como el hombre que está exponiendo cosas sabidas y averiguadas. Por eso las depura y las presenta con esa elegante facilidad.

*

Con todo, Chavero no sigue a Orozco y Berra al pie de la letra: en muchas ocasiones se aparta de él, principalmente con el objeto de presentar más rotundamente sus tesis indigenistas, tesis que Orozco y Berra sólo se atreve a proponer en forma por demás ambigua.

Liberal desde su juventud, Chavero permaneció en la política activa toda su vida. Ahora bien, liberal —que no siempre es sinónimo de indigenista— lo es casi siempre, y, en el caso particular de Chavero, no hay duda de que ambos términos se complementan. Basta la lectura de la obra que nos ocupa para demostrarlo; pero existe una prueba más contundente que cualquier apreciación de ese carácter. Me refiero a la estimación que hace Chavero de las fuentes ¹. Ya hemos dicho que inicia su obra con un análisis exhaustivo de éstas. Pues bien, en él se nota una marcada preferencia por las fuentes indígenas. He aquí sus propias palabras:

“Para emprender tan ardua empresa, existen elementos, y a dar razón de ellos nos vemos obligados, pues la veracidad de una historia depende de las fuentes de donde se ha tomado, así como el caudal y hermosura de un río de la abundancia y claridad de sus manantiales. Bajo este aspecto, nuestra historia antigua es más digna de fe que la de la mayor parte de los pueblos primitivos del Viejo Mundo. En éstos, la leyenda es la única guía de los primeros tiempos, y sea porque ricos de imaginación, multiplicaron sus fábulas de manera exagerada, sea porque, buscando en su orgullo orígenes muy remotos, sustituyeron a la realidad la ficción, es lo cierto que tenemos datos más preciosos de nuestros antiguos pueblos, y que no es exageración decir que en esto es superior nuestra historia a la misma historia de Grecia”. (p. IV).

Pero lo más importante no es esta profesión de fe en las fuentes indígenas, pues si bien es cierto que Chavero las utiliza con gran profusión, no lo es menos que, en su análisis, toma en cuenta a todos los cronistas españoles.

¹ Utilizo aquí un trabajo inédito del Lic. Jorge Gurría Lacroix que, siendo alumno mío, me presentó como tesis de examen para la clase de Historiografía en el año 1949.

Lo decisivo es que estos últimos se ven siempre relegados, a menos que sean indigenistas. En el curso de su obra, Chavero casi nunca da crédito a los cronistas españoles, pese a que afirma que son fuentes importantes, como es el caso de Bernal Díaz, o el de Andrés de Tapia. Según anuncia al principio, su criterio para seleccionar las fuentes viene a ser el muy traído y llevado de la proximidad en el tiempo y en el espacio. Es decir, prefiere a aquellos cronistas que son testigos presenciales de los hechos que relatan. Pero no indica —aunque se percibe claramente su intención— cuál debe ser el criterio a aplicar en el caso de dos fuentes contradictorias entre sí cuando ambas son de testigos presenciales, pero de tendencias opuestas. Claro que esta deficiencia no es más que un caso particular de los absurdos resultados que produce el aplicar criterios abstractos y geometrizarlos a la historia. En esto, Chavero no es mejor ni peor que cualquier historiador de los llamados “científicos”. Pero tiene un rasgo diferencial que importa mucho a nuestro estudio: Chavero es siempre parcial, y no existe ocasión en que no se decida por las fuentes indigenistas, haya contradicción o no. Más aún: Chavero corrige a las fuentes hispanistas incluso cuando no tiene ninguna otra en que apoyarse, valiéndose, por lo general, de razones harto endeables, o simplemente sin razones de ninguna clase.

Un ejemplo. Casi todos los cronistas e historiadores de la conquista están acordes en que en la batalla de Centla, en Tabasco, intervinieron cincuenta mil hombres. Por otra parte, en el análisis de las fuentes, dice Chavero de Andrés de Tapia: “Se encontró como testigo presencial en todas las guerras y expediciones, y por lo mismo debe tomarse mucho en cuenta”. Sin embargo de todo lo anterior, al hablar de la referida batalla, Chavero comenta con sin igual desparpajo: “Hay quien, como Andrés de Tapia, digan que eran cuarenta y ocho mil los contrarios; pero conocemos bien su organización social y guerrera y mucho sería que fuesen cuatro o cinco mil”. (p. 735).

Es un hecho cierto y comprobado que los cronistas exageraban cumplidamente al sumar contrarios; pero ello no autoriza al historiador moderno a exagerar más que ellos al hacer la resta que pretende ser reparadora de la verdad. Y es obvio que la exageración de Andrés de Tapia, por grande que sea, se queda chiquita al lado de la de Chavero, el cual, por otra parte, no sólo no se apoya en fuente alguna, sino que las contradice a todas de un plumazo.

Pero este ejemplo de desprecio de fuentes a las que atribuye importancia, palidece ante otros que abundan en las páginas de Chavero. Así, sobre el lugar de nacimiento de la Malinche, dice:

“Bernal Díaz, que trató mucho a Marina y residió en el Istmo cuenta que era de Painalla, en la región de Coatzacoalco, es decir, en la parte norte de dicho Istmo de Tehuantepec. Si bien Bernal Díaz nombra Painalla al lugar de nacimiento de Marina, la verdad es que tal lugar no existe ni de él se tiene memoria. Muñoz Camargo, confundido, refiere que era de Huilotla, en Xalisco, y en Coatzacoalco hay un pueblo llamado Oluta, y se conserva la tradición de haber nacido en él Marina. Oluta puede ser corrupción de Huilotla o este nombre la forma mexicana de aquél. Oluta fue, pues, el lugar donde nació Malintzin”. (p. 735).

Como se ve, las razones para desechar a Bernal Díaz, testigo por demás autorizado en este caso, no pueden ser peor fundadas. Y resulta más incomprensible el hecho, si se considera que Chavero se pronuncia en favor de Muñoz Camargo, el cual, por una multitud de razones que sería largo enumerar, tiene una autoridad muy discutible en este caso. Hay más, sin embargo. Desde luego el argumento que se funda en la inexistencia del poblado de Painalla, carece de validez, pues muchos pueblos anteriores a la conquista desaparecieron o cambiaron de nombre. Pero en este caso concreto, existe un testimonio de importancia: En la carta que acompaña a la *Historia antigua y de la conquista*, de Clavijero, aparece Painalla en el Istmo de Tehuantepec, junto a Huilotla, que parece ser el Vítula de Gómara, de donde según Orozco y Berra procede el Huilotan de Chimalpain, que éste coloca en Xalisco.

Es decir, que Orozco y Berra, no sólo aporta la prueba de la carta de Clavijero en pro de la existencia de Painalla, sino que, además, explica la génesis del error en que cae Chavero. Sin embargo éste insiste, sin duda por mostrar originalidad frente a su maestro, el cual concluye al respecto: “nos decidimos igualmente por Bernal Díaz”.

Algo análogo, aunque con una motivación diversa, ocurre al juzgar a la Malinche. He aquí las palabras de Chavero:

“No falta quien por esto [por lo de Cholula] culpe y mucho a Marina. Ya dijimos que se ha equivocado su papel en la Conquista: no tuvo ninguna influencia en ella, fue sólo una intérprete. Niña vendida por su propia madre, esclava en el nuevo país donde la llevaron, regalada allí a los conquistadores y dada como un mueble de lujo a Portocarrero, no podía tener afecciones por nada ni por nadie: creemos que entonces ni manceba era aun de Cortés, pues se refiere que tuvo una hija de Aguilar con quien de continuo andaba. Verdad es que algunos lo niegan porque Aguilar era diácono; pero en el precioso ma-



nuscrito de Dorantes, en el cual como testigo ocular habla de los hijos de los conquistadores, expresamente habla de la descendencia de aquél. Marina estaba considerada porque era útil; más tarde porque fue madre de un hijo de Cortés; pero su papel histórico no pasó del de simple intérprete”. (p. 850).

Como se ve, esto no es más que una simple opinión. Y una opinión que, sobre contradecir a prácticamente todos los cronistas e historiadores, está fundada en muy precarias razones, si es que así pueden llamarse. Porque, en efecto, deducir de su azarosa vida que Marina “no podía tener afecciones por nada ni por nadie”, es tan absurdo, que sólo una parcialidad apasionada puede sostenerlo. Por otra parte, Orozco y Berra ha reconstruido, con lujo de datos y documentos, muchos aspectos oscuros de la vida de Marina con los conquistadores, y los resultados no concuerdan en manera alguna con la tajante opinión de Chavero, opinión que, además, éste no se molesta en discutir o probar, sino que la expone dogmáticamente. Cierto es que el grado de influencia que tuvo Marina sobre el ánimo de Cortés, es un punto que posiblemente no se podrá aclarar con absoluta certeza; pero no es menos cierto que la extremosa tesis de Chavero resulta plenamente falsa.

Más sorprendente aún es lo que Chavero dice sobre los acontecimientos de Cholula, y no sólo sorprendente, sino también ilustrativo, pues pocos pasajes muestran tan claramente su punto de vista:

“La marcha de Cortés para México estaba indicada por Cholóllan, ciudad fuerte que no debía dejar por enemiga a sus espaldas; y sin embargo, él mismo dice que fue a ella por instancias de los embajadores de Moteczuma y que los tlaxcalteca procuraron disuadirlo recelando traiciones. Creemos que tal dicho tenía por objeto explicar su posterior conducta. La verdad es que mandó una embajada a Cholóllan con el consabido requerimiento por escrito y que muchos principales fueron a verlo y a asegurarle su amistad, con lo cual, después de haber estado en Tlaxcala más de veinte días, hacia el 12 de octubre salió para Cholóllan con su ejército reforzado con unos seis mil tlaxcalteca.

“Habíase operado ya en el ánimo de los indios una reacción natural en sus creencias respecto de los españoles. Si al principio los tuvieron por dioses, por *teules*, como dicen las crónicas, pronto se convencieron de que eran hombres mortales sujetos, como todos, a las necesidades de la vida y vulnerables al golpe del *macuáhuítl*; ya no eran los arcabuces y las lombardas rayos y truenos del cielo, sino armas nuevas y mortíferas, *tepuztli*, como les llamaban; ya no creían que caballo y caballero eran un monstruo de una sola pieza, ni llevaban



pavos a las cabalgaduras para que como sus amos se alimentasen, y no teniendo en su lengua nombre para designarlos, les decían *méztatl*, venados, con lo cual daban bien a entender que habían conocido su naturaleza. Cortés, en fin, ya no era Quetzalcoatl, sino, por el contrario, un extraño que venía a derrocar a los dioses, incluso el mismo *Quetzalcoatl*, para sustituirlos por otros extraños. Los hombres blancos y barbados no eran más que una raza enemiga, que llegaba a apoderarse de sus bienes, de sus casas, de sus campos, de su patria.

“En Cholóllan, más que en otra parte, debieron despertarse estos sentimientos, porque era la ciudad teocrática por excelencia. Ya hemos dicho que su gobierno era teocrático: la autoridad estaba en manos de los sacerdotes, quienes todo lo decidían. El sacerdocio tenía a su vez dos jefes: el *Tlaquiach* o sumo sacerdote y el *Tlachiach* o señor del pueblo. El ejército tenía jefe especial, sacerdote y guerrero a la vez. El gobierno civil se ejercía por un consejo de seis miembros, guerreros o sacerdotes, o más bien sacerdotes y guerreros a un tiempo. Cholóllan no podía llamarse una potencia guerrera: a pesar de que Cortés exagera su extensión, era sólo una ciudad con treinta mil habitantes, si bien ocupaban mucho lugar su gran *teocalli* y los menores, que eran tantos, que Cortés asegura a Carlos V que contó más de cuatrocientos. Pueblo dado a la labranza, cultivaba con esmero la tierra, y eran, además, los chololteca grandes mercaderes, buenos hilanderos y tejedores, plateros y fabricantes de loza de la mejor calidad. En el vestir y en sus habitaciones sobrepujaban a los tlaxcalteca. Se les tenía por desleales y tornadizos, defectos propios de las teocracias. Siglos había existido la ciudad sagrada, debido a su carácter religioso, más bien que a la guerra florida en que tomaba poca parte. Los fanáticos mexicana siempre la habían defendido y apoyado. Natural era que aquel sacerdocio, desease la destrucción de los españoles, y que no teniendo fuerza material que oponerles recurriese a la astucia y se ligase con Moteczuma en causa común.

“Como esto es lógico, entre las dos encontradas opiniones de los que afirman que había intento en acabar con los españoles y que al efecto se había acercado un ejército mexicana emboscándose en los alrededores de la ciudad, y de los que lo niegan suponiendo que fué un pretexto de Cortés para imponerse y aterrorizar a los indios, aceptamos la primera versión.

“Cierto es que fué recibido el ejército español con muestras de entusiasmo y gran cantidad de pueblo salió a su encuentro con los sacerdotes; pero el camino real estaba cerrado y abierto otro con hoyos

y trampas, algunas calles se veían tapiadas, y muchas piedras arrojadas en las azoteas. Nueva embajada de Moteczuma llegó a Cholollan, diciendo que sólo iba a informarse de la anterior, e inmediatamente se volvió a México llevándose el principal de los embajadores antiguos. Cortés había sido aposentado en amplias cuadras con sus soldados y con los guerreros cempoalteca y de Izstacmaxtitlán, pero no se había dejado entrar a los tlaxcalteca que acamparon fuera de la ciudad. Ni sacerdotes ni principales iban al alojamiento de los españoles, y cada día llevaban los indios menos provisiones. Llamados los principales sacerdotes y señores, fueron con dificultad. Si la mala voluntad de los chololteca y los temores inspirados a Cortés eran calumnia, todos estos hechos parecían confirmarla.

“A los tres días de estar en la ciudad, los cempoalteca avisaron a Cortés que en las calles se hacían trampas y reparos; llegaron después los tlaxcalteca a decirle que se habían hecho sacrificios al dios de la guerra, y en fin, un sacerdote traidor le denunció el intento de matar a los blancos y cómo cerca estaba apercebido un ejército de Moteczuma.

“Hay otra versión que dice que una vieja se lo contó a Marina para salvarla, aconsejándole que se alejase de los españoles porque iban a acabar con ellos. Esta versión es inverosímil. ¿Qué interés podía tener esa vieja por una india que no era de su raza y venía con los enemigos para descubrirle así los secretos?” (p. 850).

Chavero dice que Cholula era una “ciudad fuerte que Cortés no debía dejar por enemiga a sus espaldas” y añade que fué allí por su propia iniciativa y no a instancias de los embajadores de Moctezuma, en lo cual contradice a todas las crónicas, que afirman lo contrario. Más aún: pocas líneas más abajo se contradice a sí mismo, y borra de un plumazo su propia argumentación anterior diciendo que Cholula “no podía llamarse una potencia guerrera”. Después insiste en que los chololtecas preparaban un lazo a Cortés con la ayuda de Moctezuma. ¿No era entonces lógico que los embajadores de éste lo atrajesen a la ciudad?

Se ve claro que en todo el análisis de los hechos que hace Chavero, no hay un criterio claro y terminante, sino una serie de afirmaciones que se contradicen entre sí, lo cual hace el relato sumamente ambiguo. Cabe preguntar si tal ambigüedad no procederá de su maestro Orozco y Berra, a quien Chavero sigue más de lo que parece a primera vista. Lo cierto es que tanto uno como el otro tienen una marcada tendencia “indigenista”, tendencia que, por otra parte, está más en insinuaciones que en argumentos:



“Si los hechos eran ciertos —continúa Chavero—, el caso podía ser grave: Cortés reunió consejo de capitanes, y en él se decidió tomar la ofensiva y sorprender a los chololteca a la alborada. Se dió orden a los tlaxcalteca de que al primer arcabuzazo cargasen sobre la ciudad; se pertrechó la artillería y se vigiló toda la noche el alojamiento. Por la común versión debía llegar a la mañana gran cantidad de chololteca para acompañar a Cortés y llevar sus cargas, y una vez entrados en el patio tomaron los españoles las puertas y cargaron sobre ellos matándolos: los tlaxcalteca, al oír el arcabuzazo, penetraron en la ciudad, dando muerte a todo el que encontraban, saqueando y quemando. En dos horas, según el dicho de Cortés, habían dado muerte a tres mil chololteca.

“Nuestra opinión particular es contraria a lo que refieren las crónicas, puesto que otras callan: para nosotros, tomada la resolución de atacar, salieron al alba los españoles de su cuartel y penetraron los tlaxcalteca en la ciudad, destruyendo unos y otros cuanto a su paso encontraban. La ciudad estaba en esos momentos tranquila y sin aprestos de guerra, y fué sorprendida por la invasión de los enemigos. El ejército de Moteczuma no estaba a punto de penetrar. Apenas los más audaces y los sacerdotes se subieron a los templos y al gran *teocalli*; pero fueron asaltados y en ellos perecieron combatiendo”. (pp. 850-851).

Sigue una rápida descripción de la matanza, y, por todo comentario, añade:

“El señor Orozco dice que la matanza de Cholóllan fué más inhumanidad que valentía”. (p. 851).

La afirmación de Chavero en el sentido de que difiere de “las crónicas, puesto que otras callan”, no puede ser más incomprensible:

En primer lugar, y desde el punto de vista lógico-gramatical, sería de suponerse que cuando escribe “las crónicas”, sin especificar cuáles ni cuántas, se refiere a todas ellas; pero Chavero no lo entiende así, ya que habla de “otras” crónicas, de las que callan. El resultado es que cuando Chavero escribe “las crónicas” nos quedamos sin saber si se refiere a la mayoría de ellas, o a las más famosas, o a las más veraces, o a las más falsas, etc., etc. Además, las que “callan”, las “otras” quedan también envueltas en el misterio. Se comprende que la cuestión es demasiado seria como para dejarla sin explicación alguna.

En segundo lugar, y también desde el punto de vista puramente lógico,

no se comprende cómo puede afirmarse la falsedad de “las crónicas”, que hacen un relato completo y detallado, fundándose únicamente en el silencio de las “otras”, sobre todo teniendo en cuenta que Chavero no hace el más mínimo razonamiento que explique ese silencio como un síntoma de la opinión de quienes lo guardaron.

En tercer lugar, no se ve claro lo que quiere expresar Chavero cuando afirma que “tomada la resolución de atacar, salieron al alba los españoles de su cuartel”. . . ¿Por qué tomaron la resolución de atacar? Si nos atenemos al contexto anterior, porque los de Cholula tenían preparada una trampa mortal para los españoles. Pero dos líneas adelante nos hace dudar de sus propias afirmaciones, diciendo: “la ciudad estaba en esos momentos tranquila y sin aprestos de guerra, y fué sorprendida por la invasión de los enemigos”. ¿Debemos entender, pues, que la resolución de atacar fué arbitraria, y que lo del cepo tendido en Cholula es pura leyenda? ¿Que no existían trampas en las calles, ni había algunas tapiadas? Porque de no entenderse así, ¿cómo justificar el aserto de que la ciudad estaba sin aprestos de guerra, y que fué sorprendida?

Se comprende que todo ello compone un conjunto de confusiones en que necesariamente ha de caer el lector reflexivo. Pero es claro que Chavero no cultiva la confusión por la confusión misma. Su intención —y no importa para el caso que sea consciente o inconsciente— es afear las acciones de los españoles. Con esa estructura mental propia del llamado “indigenismo”, trata por todos los medios a su alcance de negar mérito a lo español, porque cree —¡oh ingenuidad!— que con ello eleva a los indígenas.

Chavero se rebela, así, como un escritor de polémica, si bien no son razones las que aporta, sino insinuaciones que sólo pueden prosperar en un clima de ambigüedad extrema.

Pero esta tendencia llega a su máximo en el relato de la muerte de Moctezuma ², en el cual llega incluso Chavero a falsificar las fuentes:

“... [Moctezuma], siempre débil, accedió; vistióse sus insignias, subió a la azotea y se acercó al pretil: dos rodeleros lo resguardaban y Marina lo acompañaba para oír la plática... pero, contra lo que era de esperarse, y faltando por primera vez al respeto tradicional a los reyes, el joven y valeroso Cuauhtémoc excitó a los guerreros a no obedecer a Moteczuma, y llamándole con soberbio desprecio manceba de los españoles, le tiró tal pedrada que lo derribó bañado en sangre. Fué retirado Moteczuma: la herida no era grave”. (pp. 871-872).

² Para lo que sigue utilizo un trabajo inédito del Arq. Marcial Gutiérrez Camarena, trabajo que llegó a mí en las mismas circunstancias que el antes citado de Gurría Lacroix.

“El día siguiente era 29 de junio, primero de la veintena *Tecuhilhuitontli*, y como Cortés quería obtener un respiro para preparar bien su salida, pensando que los mexica se dedicarían con preferencia a los funerales de su rey, mandó matarlo y entregárselo cubierto con sus vestiduras reales, diciendo que había muerto de resultas de la pedrada”. (p. 872).

Una afirmación tan grave y rotunda sólo puede hacerse cuando las fuentes la confirman en forma absoluta. Veamos lo que aquí sucede, y en qué “fuentes” se apoya Chavero:

“Bernal Díaz dice, que cuando menos lo esperaba, se dió la noticia de la muerte de Moteczuma; estas palabras ya hacen sospechar del dicho de Cortés”. (p. 877).

He aquí una curiosa manera de interpretar las palabras de Bernal, quien, en realidad, escribe:

“...y puesto que le rogaban [a Moctezuma] se curase y comiese [después de la pedrada] y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos vinieron a decir que era muerto. Y Cortés lloró por él”. (Cap. CXXVII).

Pero Chavero, infatigable, añade:

“Sahagún, quien por su respetable carácter, por ser español y fraile, no da motivo de desconfianza, *asegura* que los españoles mataron a Moteczuma”. (p. 877).

Sahagún dice, en realidad:

“Después de lo arriba dicho, cuatro días después de la matanza que se hizo en el ‘cu’, hallaron los mexicanos muertos a Moctezuma y al gobernador de Tutilulco, echados fuera de las casas reales”. (T. IV, p. 69).

¿Dónde está lo que Chavero dice que *asegura* Sahagún? Esto es falsificar, sin disculpa posible, el sentido de las fuentes; pero aun hay más:

“Ixtilxochitl, más español que los españoles, confirma el hecho en su historia chichimeca”. (p. 877).



Pero Ixtlilxóchitl dice:

“Al tercer día de ellos Motecutzoma, viendo la determinación de sus vasallos, se puso en una parte alta, y reprendióles, los cuales le trataron mal de palabras, llamándole de cobarde, y enemigo de su patria, y aun amenazándole con las armas, en donde dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de la cual murió, aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron la espada”.

Tampoco Ixtlilxóchitl le da la razón a Chavero. Y sobran los comentarios. La ausencia de citas y notas sirvió en parte a Chavero para aligerar su obra, pero en parte también para falsificar y tergiversar a sus propias fuentes.



BIBLIOGRAFIA DE ALFREDO CHAVERO

“Vidas y Itzcoatl y Motecuhzoma Ilhuicamina”, en la obra intitulada “Hombres Ilustres Mexicanos”.—1873.

El Calendario Azteca.—Las naves de Cortés.—El Códice Telleriano Remense.—Fray Bernardino de Sahagún.—El Códice Ramírez.—Fray Diego Durán.—El cronista Tezozomoc.—El P. José de Acosta.—Don Carlos de Sigüenza y Góngora.—El caballero Boturini.—La lápida de Cuilapa (1873 a 1880).

Bienaventurados los que esperan. Comedia en tres actos y en prosa. Estrenada con gran éxito en el Teatro Arbeu la noche del 30 de Diciembre de 1877. México, José María Sandoval, impresor, 1878.

Estudios sobre la Piedra del Sol, en los “Anales del Museo Nacional”; de 1877 a 1886.

Apéndice a las Historias de las Indias de Nueva España, de Fray Diego Durán.—1880.

Historia Antigua y de la Conquista de México, primer tomo de “México a través de los siglos”. 1882-83.

BOTURINI. (En Anales del Museo) 1886.

Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl publicadas y anotadas por Alfredo Chavero. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento. 1891-92.

Historia de Tlaxcala de Muñoz Camargo, 1892.

Lienzo de Tlaxcala. 1892.

Lienzo de Tlaxcala. México Li. del Timbre, 1892.

Texto de las Antigüedades Mexicanas publicadas por la Junta Colombina de México. 1892.

Los dioses astronómicos de los antiguos mexicanos. 1895-97.

Calendario o Rueda del año de los antiguos mexicanos. 1901.

Pinturas y Jeroglíficos: primera y segunda partes. 1901.

Calendario de Palenke. Signos de los días. 1902.

Palenke Calendar, the signs of the Days. Reimp. for the Transactions of the International Congress of Americanists, 1902 (En Miscelánea).



Apuntes viejos de Bibliografía Mexicana. 1903.

Calendario de Palenke. Signos de las veintenas. 1903.

“Teotihuacán” y varias publicaciones de manuscritos: hasta 1903.

Apuntes viejos de Bibliografía Mexicana. México. Imp. del Museo Nacional 1904.

El Monolito de Coatlinchan. Disquisición arqueológica presentada al XIV Congreso de Americanistas. México. Imp. del Mus. Nac. 1904. (En Miscelánea).

Obras de. . . Escritos Diversos. México, Tip. Victoriano Agüeros. 1904.

Obras de. . . México. Imp. de V. Agüeros, Editor, 1904.

Discurso pronunciado el 24 de septiembre de 1904, en el Congreso de Artes y Ciencias de la Exposición Universal de San Luis Missouri. México, Imp. del Mus. Nac. 1905. (En Miscelánea).

Calendario de Palenke, Signos Cronográficos. México, Imp. del Museo Nacional 1906.

Introducción a la Historia Antigua y de la Conquista. (En Divulgación Histórica. Año II. 1940).

SAHAGÚN. México, Vargas Rea, 1948.

Calendario del Palenke. s/f.

Comedias, tragedias y óperas cómicas: “Bienaventurados los que esperan”, “Quien más grita más puede”, “Quetzalcóatl”, “Fantasca”, “El Sombrero”, “El paje de la Virreina”, “El Duquesito”, “La Gitana”, “El Mundo de Ahora”, “En dos gabinetes”.

Dramas: “Xochitl”, “La Ermita de Santa Fe”, “El Valle de Lágrimas”, “Sin Esperanza”, “La hermana de los Avilas”, “El huracán de un beso”, “El aviso en el puñal”, “Los Amores de Alarcón”.

Ensayo Arqueológico. Descripción de un monumento azteca s. p.

Estudio Etimológico (En Memorias de la Academia Mexicana).

Facsímiles. Decreto del Sr. Morelos aboliendo la esclavitud. (En Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana t. 3, Segunda época).

Periódicos: “La Madre Celestina”, “El Renacimiento”, “Veladas Literarias”, “El Domingo”, “El Federalista”, “El Heraldito”, “El Nuevo Mundo”, “La Chinaca”, “La Voz del Nuevo Mundo”, “El Siglo XIX”.

DURÁN, Fray Diego de.

Apéndice a la Historia de las Indias de Nueva España.—1880.



222 HACIA UN CONCEPTO DE LA CONQUISTA DE MEXICO

IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva.

Obras históricas publicadas y anotadas por Alfredo Chavero. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento. 1891-92.

IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva.

Obras con notas. 1892.

LEÓN, Nicolás.

En Opúsculos. Tomo I. (1904).

MUÑOZ CAMARGO, Diego.

Historia de Tlaxcala. Publicada y anotada por Alfredo Chavero. Se hace esta edición por acuerdo del Sr. Presidente general Porfirio Díaz, para presentarla como un homenaje a Cristóbal Colón, en la Exposición de Chicago. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892.

RIVA PALACIO, Vicente.

1832-1896, ed. México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual. Publ. bajo la dirección del general D. Vicente Riva Palacio. México, Ballescá y comp., etc., 1887-89.

SOCIEDADES A QUE PERTENECIO

Liceo Hidalgo.

Ateneo Mexicano.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Academia Mexicana.

Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Real Academia Española.

Real Academia de la Historia.

Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid.

Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador.

American Antiquarian Society.

Anthropological Society.

Sociedad de Americanistas de París.

Comisión Internacional de Arqueología y Etnología.



Congreso de Americanistas.

Sociedad de Antropología y Geografía de Estocolmo.

Société Française de fouilles archeologiques.

National Geographical Society.

Congreso de Artes y Ciencias de la Sociedad de Geografía de Tokio.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS